

TERCERA EDICION

Núm. Regro.: 1851-42.  
Depósito legal. M. 6355-1961.

© AGUILAR, 1961.

Reservados todos los derechos.

VEA AQUÍ VTI...  
Printed in Spain. Impreso en España por Ograma, Orense.  
93287

Travel + European Publ., Dec. 16-73 39.50 (Barb. cont.)

Juan Valera: Obras Completas  
Vol. III, Madrid, Aguilar, 1961  
pp. 7-19  
A1  
1558  
V.2

# CRITICA LITERARIA

## DEL ROMANTICISMO EN ESPAÑA Y DE ESPRONCEDA

I

Estudios de erudición no falta hoy quien los haga en España, sobre cosas de España; pero mientras que la historia y la literatura nacional se cultivan con buen éxito, aún se nota entre nosotros, fuerza es decirlo, un lastimoso y muy notable atraso en otras ciencias y doctrinas. Nuestros sabios y nuestros periodistas apenas hacen más que imitar, copiar y traducir las ideas de los libros franceses; y alimentados y criados en la lección y consideración de estos libros, toman, sin querer, hasta su lenguaje, desvirtuando la hermosura y empujando el esplendor del nuestro. Y no queremos dar a entender que no haya en España profundos economistas, matemáticos sutiles y entendidos, médicos doctos, y políticos de altas miras y despejado ingenio, sino que aún no tenemos autonomía y movimiento propio: esto es, una política española, una escuela, filosófica española, un sistema científico cualquiera que se pueda llamar nacido en España. Sólo dos hombres gloriosos, muertos, por desgracia, temprano, y de cuya fama *dábale sub judice his est* (porque acaso la envidia sea como el amor, más fuerte que la muerte): sólo dos hombres gloriosos, Valdegranas y Balme, han intentado dignificar sin apoyarse servilmente en una autoridad extranjera. Sus libros han recorrido en triunfo Europa. Lo que por sí sólo probaría, aunque no hubiese otras pruebas, que ni de la im-

piración filosófica, ni de la inteligencia de los asuntos elevados, ni de la voluntad perseverante y firme en la meditación, carecemos los españoles; y que aquella esterilidad o pereza nuestra de que ya nos acusaba Escaligero, diciendo *aliqui Lusitani docti, pauci Hispani*, proviene de otras causas; las mismas, sin duda, que dan origen a nuestro atraso en la industria, en el comercio y en la agricultura; atraso que más que ninguna otra cosa, por ser tan grosero y materialista el siglo en que vivimos, nos echan en cara las naciones extranjas, sin considerar que aún somos ricos de más perfecta riqueza; la cual, aunque ofuscada y oculta, todavía está en nosotros, y ha de salir con el tiempo a dar luz y brillo. Porque a pesar de las discordias civiles y de las malas pasiones que han tomado cuerpo y vigor entre los que tratan de gobernarlos, la antigua virtud renace, y las aspiraciones sublimes se despiertan, y ya que no puedan realizarse en el mundo, adquieren forma y vida fantástica en la poesía.

Por eso hay una poesía española y poetas españoles con ser propio y no hijos de los extranjeros, como el filósofo español, que es hijo de Kant o de Cousin, y el economista español, que nos traduce y copia a Say o a Bastiat. Sabido es que en las ciencias no se puede, como en poesía, fanatarse ni inventar continuamente; pero también sabemos que cuando no se hace sino repetir, casi no hay objeto ni motivo para

escribir libros, en que sólo la frase, si acaso, sea nueva. Y en muchas ciencias y doctrinas, repito, que no somos en el día sino meros imitadores y copistas.

Lo contrario sucede en la poesía; por que después de haber dejado, por una feliz revolución literaria, la senda fatal de imitación de los clásicos franceses, y después de haber renegado del Apolo de peluquín con polvos que tenía por Dios, volvió a tomar en el romance y en el drama sus antiguas y originales formas, y dió frutos sabrosísimos y preciosos.

El romance es nuestra poesía indígena, nacida entre nosotros, sin que nada le deba a la poesía griega, ni a la latina, ni a la italiana, ni a la francesa, que sucesiva o simultáneamente han imitado los poetas académicos. Y del romance, de esa poesía popular, ha nacido nuestro teatro, el más rico, el más vario y el más sublime del mundo.

El romance es nuestra poesía, o por lo menos el germen de nuestra verdadera poesía: y cuando esta decae y no muere, es porque en el romance se conserva viva, y el vulgo la sigue cantando en las ciudades, y los músicos en las aldeas y deshabitadas: y va la cantando en coplas, ya en jácara, ya relatando historias tan picantes como la de Gernelde, o tan firmes y delicadas como la de aquella condesa que va peregrinando en busca de su esposo. Lo que Ibarra decía honóricamente al oír cantar al ciego, *¿cómo hay en España poesía*, yo lo hubiera dicho de buena fe, si hubiera vivido en su tiempo. En los de decadencia y mal gusto se ve a los poetas olvidar sus extravagancias y ser grandes, o por lo menos ingeniosos, cuando escriben romances o cosa parecida.

Góngora, prevaricador del buen gusto, deestable en las *Soleidades* y en el *Polyfemo* y mediano poeta en sus cancionones endecasílabas, como, por ejemplo, en la de la Armada Invenido, dió, es discretísimo, ameno, amoroso y divertido en los romances.

Los españoles ha tiempo que no somos devotos de la docta antigüedad. Por nos nos ha molestado y corrompido el gusano roedor del abate Gaume. Saber griego entre nosotros era un prodigio, y saber latin punto menos, pues el poco

que se aprendía en las escuelas se procuraba olvidado en seguida. Hay, sin embargo, regulares traducciones de algunos clásicos; pero nadie las lee, o ya porque están hechas por eruditos, las más populosas por poetas, o ya porque al pueblo no le divierten los griegos y los romanos.

A los españoles, a pesar de las sátiras, de los preceptos y de los ejemplos de don Leandro Fernández de Moratín, nos han gustado y nos gustan más las comedias de capa y espada que las de Terencio y Molière, y los romances y las coplas más que las odas. Añádase a esto las frialdades insulsas de Venus y de Cupidillo, que de la corta inteligencia de los clásicos y del vano deseo de imitarlos sacaban nuestro poetas académicos, la comprensión intelectual en que vivíamos y la pobre rastrota filosofía francesa del siglo pasado, que los liberales oponían al fanatismo de los frailes y al despotismo del Gobierno, y se comprenderá la situación de ánimo en que nos sorprendieron de consuno la muerte del rey, la guerra civil, la vuelta de los emigrados, la nueva aurora de la libertad, la revolución política y la literatura del romanticismo. Las ideas tomaron nuevo giro; se pudo hablar y escribir; se entendió mejor lo que pasaba en el mundo y el adelanto de las otras naciones; deseamos alcanzarnos en su movimiento progresivo, y en la más original y más ancha. La seta de los románticos, que vino de Francia, como vienen todas las modas, se amoldó perfectamente a nuestras inclinaciones y carácter, y se hizo tan española como si hubiera nacido en España; porque si la palabra romanticismo quiere decir algo, no hay país más romántico que el nuestro. Con todo, el romanticismo tuvo al principio mucho de ridículo, de pueril y de exagerado; y a pesar de los grandes poetas que siguieron la nueva seta, hicieron de ella los clásicos mil burlas merecidas. Pero de la misma confidencia nació poco a poco una filosofía del arte más perfecta y comprensiva: las distinciones desaparecieron, y se llegó a entender que de lo bello y de lo feo, de lo ingenioso y de lo rudo, es de lo que se debe ocupar el crítico, para admirarse de lo que naturalmente es hermoso, y desecharlo y condenarlo

que, por moda o convención, suele, en un momento dado, parecer bello al vulgo.

El romanticismo, por tanto, no ha de considerarse, hoy día, como seta militante, sino como cosa pasada y perteneciente a la Historia. El romanticismo ha sido una revolución, y sólo los efectos de ella podían ser estables. Entre nosotros vino a libertar a los poetas del yugo rídiculo de los preceptos franceses y a separarlos de la imitación superficial y mal entendida de los clásicos, y lo consiguió. Las demás ideas y principios del romanticismo fueron exageraciones revolucionarias, que pasaron con la revolución, y de las cuales, aun durante la revolución misma, se salvaron los hombres de buen gusto.

El romanticismo que veinte años ha apareció, o si se quiere resucitó entre nosotros, había aparecido en Alemania durante las guerras contra Napoleón, no sólo como seta literaria, sino como doctrina filosófica y patriótica, que sacaba la Edad Media de su sepulcro y que armaba a sus guerreros católicos contra el pagano emperador de Francia.

Nosotros, que no teníamos necesidad de evocar espectros para luchar con Napoleón, y que conservábamos vivas en el alma las ideas patrióticas, conservamos asimismo, en medio de aquel levantamiento contra los franceses, un respeto ciego por sus preceptos literarios, y hasta un amor decidido y un anhelo particular de seguir en todo sus ideas filosóficas. Así es que Quintana, el gran poeta lírico, es el poeta más pagano que ha habido en España; y aunque por el sentimiento es sublime, las ideas que populariza son las más vulgares de la filosofía francesa del siglo pasado.

Cuando por medio de los franceses, y con las obras de Chateaubriand, Victor Hugo y madame de Staël, llegó a nosotros el romanticismo, llegó combinado con tan nuevas ideas, que los dos Schlegel, que lo proclamaron en Alemania, no lo hubieran ya reconocido. Los franceses le habían añadido mucho de su propia cosecha, y habían tomado por romántico cuanto era alemán, aunque no fuese romántico, ni por tal pasase en Alemania. Nosotros hicimos lo mismo: y, como los franceses, añadimos a

estos elementos del romanticismo, no sólo cuanto nos pareció romántico en nuestro propio país, que no fué poco, sino otro romanticismo venido de un país diferente, y que por sí solo imprimió un carácter singular a la nueva literatura. Hablo de las obras de lord Byron, ingenio poderoso y originalísimo, y de las de Walter Scott, no menos original, aunque no tan grande. Nos pintaba el primero las cosas presentes con el hastío de la vida, las tinieblas de la duda, los ayes de la desesperación o la risa del sarcasmo, y Walter Scott las cosas pasadas con una verdadera y maravillosa segunda vista, y con los colores más brillantes y poéticos, aunque con una prolifidad a veces enojosa.

Los trastornos y revueltas por que hemos pasado, y lo extraordinario y nuevo de muchas cosas presentes, han despertado en los hombres gran vigor y agudeza de comprensión para las realidades, así en el tiempo como en el espacio; y de aquí nace (a par de las relaciones de viaje y de las historias *ad narrandum non ad providendum*, en las cuales no se omite menudencia alguna, por microscópica que sea), ese amor y cuidado con que se procura conservar en el día, en toda obra de arte, lo que llaman color local. Verdad es que este color suele ser falso, y en tratándose de la Edad Media, lieubre en demasía.

Muchos poetas góticos huelen a cementerio; y lo que es más, tienen una extraña predilección por lo deforme y por lo feo ideal. Afirman algunos impíos alemanes que esto proviene de que el cristianismo les *dibolizó* la Naturaleza, que ellos habían divinizado; pero si verdaderamente la divinizaron, cuando eran gentiles, fué tan sin ninguna gentileza y con tanta barbarie, que a poca costa, se les volvieran diablos los dioses, aunque antes no lo fuesen. No así Ver-nus, Apolo, Minerva, las Musas y las Gracias. Nunca el cristianismo los ha convertido seriamente en diablos; y si han dejado de ser dioses, continúan siendo ficciones divinas. Goethe, príncipe de los poetas de este siglo, Goethe, a quien los románticos españoles y franceses pusieron entre sus maestros, y que en el sentido estricto de la palabra no puede pasar por romántico, fué pagano, pero del paganismo griego, y no

del alemán. Este egregio poeta prestó y añadió una idea peregrina al romanticismo, a saber: la de la poesía trascendental. Así como pensaron sus compatriotas en hallar la ciencia trascendental, así Goethe procuró poner esta ciencia en poesía; y en la poesía, lo creado, lo increado, y el porqué y el cómo de todo ello. Esta fue la última faz con que se presentó entre nosotros el romanticismo. Veamos ahora qué carácter y fisonomía tuvo desde luego.

El romanticismo podía ser católico ferviente, incrédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado, y todo a la vez. El toque para ser romántico consistía principalmente en renegar de las divinidades del Olimpo, en hablar de Jehová, o en no hablar de Dios alguno; y en poblar el mundo, ya de sencillos paganos, sino de odinas, nuries, brujas, sifidas y hadas, o en dejarlo vacío de toda apariencia que no fuese natural y conforme al testimonio de los sentidos.

En cuanto a la forma, los románticos la desatendían, presumiendo de espiritualistas y poniendo la belleza en lo sustancial y recondido. El poeta, no escribía ni debía escribir por arte, sino por inspiración; y su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante, hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres; y el universo mismo le debía considerar como un apóstol, con misión especial que cumplir en la Tierra. Víctima de su misión y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una *planta maldita con frutos de bendición*. En sus amores debía aspirar el poeta a un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y sin embargo, amar a una mujer con delirio, imaginando ver en ella a la maga de sus sueños y a la, como al dihuvo y a la rosa de Jericó; lo más delo debía *palpar la realidad*, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maledecible y menospreciable, y *llorar sus visiones perdidas*, ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose a los pies de los altares y entonando plegarias a la Virgen y a Jesucristo. En fin, ya estruiviese enano-

rado, ya desengañado, ya hastiado, ya fuese incrédulo, ya creyente, todo poeta romántico debía hablarlos siempre de sí mismo. Pero esta manía antropométrica la discurpo yo y hasta la alabo, pues no solo proviene de lo relativo del siglo en que vivimos y de los sistemas de filosofía que ahora priman, todos o casi todos psicológicos, sino no que es, además, muy cristiana y no desdeñe de la humildad evangélica. Un pagano no hablaba de sí mismo sino cuando después de haber hecho grandes hechos, venía razón para creerse un prodigio de ingenio de valor o de doctrina; y aun así, hablaba poco. Cuando Marco Aurelio escribió, ya el cristianismo estaba en todos los corazones. A un cristiano, con ser hombre le basta, *magnum enim quoddam res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*; así es, que llena el mundo de sus quejas, tribulaciones y esperanzas. Y por qué no ha de llamar a sí la atención del mundo, cuando llama con tanta atención la de Dios, y le interesa y enamora, hasta el extremo de hacerle tomar carne mortal y morir por amor suyo?

Otra de las ideas capitales de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitación y malestar de los espíritus y sentimiento del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios, y la creencia de que sus crímenes se debían imputar a la sociedad mal organizada y a la grandeza de sentimiento de tales héroes, a quienes esta mezquina sociedad venía estrecha. Pero si los poetas románticos suelen tomar por héroes de sus escritos hombres criminales, no hacen amar a estos hombres por sus crímenes, sino hacen que nos admiremos de las virtudes que, a pesar de los crímenes, hay en ellos. Si éste es un defecto, existen aún más en la gran poesía clásica, y nunca la poesía moderna tuvo héroes tan tremendos y de tan fieras e indomables pasiones como los de la familia de Atreo, como Medea y como Mirra. El Destino inflexible, o alguna divinidad malévolas los impulsaba al crimen. El héroe romántico es libremente criminal, y justicia de la ley moral se le puede condenar, y le condenamos. Su única excusa, es-

to es, el único motivo por que le complace, es porque alguna virtud muy alta mal dirigida, o alguna idea grande mal interpretada, o alguna pasión noble, le extravían. Si entendemos a veces que la sociedad mal organizada es parte en algunas maldades del individuo, como la ley moral está más alta que el organismo social, siempre queda salvó el derecho de imponer una pena en nombre de esta ley, aunque el crimen que se castiga no sea todo del castigado.

La sociedad puede ser cómplice, y como la sociedad somos todos, todos solidariamente somos también cómplices de aquel delito; y la perturbación que causa el crimen en la sociedad nos sirve de castigo. El médico de su honra, por ejemplo, y Roque, el bandido generoso y valiente, que hace prisionero a Don Quijote, son de los que perdonamos, y sus crímenes caen sobre la sociedad y las preocupaciones del siglo en que vivieron. Y no por crear en esta imperfección social, y en la perfectibilidad de la raza humana, es nadie socialista. La poesía romántica tiene, a no dudarlo, algo de socialista, pero de un socialismo más alto, que aun está por venir. La poesía es todo aspiración y vaticinio. La magia fue antes de los ferrocarriles, del gas y del magnetismo; Séneca, profetizó el desentramiento de América; Esquilo, en *Prometeo*, la Redención, y Virgilio, advirtió mucho del sentimiento moral del cristianismo, y hasta el progreso civilizador de Europa, extendiendo por toda la Tierra, sus costumbres, su poder y su ciencia:

...*erit altera quae veniat Atgo.  
delictos Heroes: erunt etiam altera bella,  
atque iterum ad Trojam magnus mittetur  
Achilles.*

No pretendo yo negar que haya habido autores que por medio de sus obras poéticas, del teatro y las novelas principalmente, hayan querido propagar ciertas ideas, no ya de un socialismo que está por venir aún como doctrina, sino de ese socialismo que ha amenazado desquiciar la sociedad hace pocos años; pero esto no prueba sino que la poesía, que por sí misma, y en sí misma tiene un nobilísimo fin, cual

es la creación de la belleza, puede, a veces, rebajándose y desbordándose, servir de instrumento a otros fines. No negaré tampoco el mal gusto de algunos que, buscando solamente para sus dramas argumentos enmarañados y lardos estupefacios y terribles, los iban buscando, ya en las gacetas de los tribunales, ya en las antiguas crónicas, sin dar realce sino a lo feo y lo malo. Pero como lo malo y feo, feo y malo se queda, sin que estos dramaturgos y novelistas puedan ni querían hacerlo pasar por heroico y por bueno, aunque los acusamos de prosaísmo, porque pintan las cosas como han sido y como son, y no como debieran ser, no me parece, con todo, que los podamos acusar de inmorales. Los hombres que son buenos no se enamoran de la maldad, aunque la vean sobre las tablas de una novela salir triunfante de la virtud; porque en este mundo real y positivamente estamos viendo esto muy a menudo, sin necesidad de recurrir a ficciones; y los hombres que son malos no aprenden nada que ellos ya no sepan sobre la maldad.

En saber, enseñando el círculo de nuestras ideas, puede ser causa ocasional de nuevas virtudes, que de aquellas ideas se alimentan y viven; pero no de nuevos vicios, porque el mal es cosa limitada, y fácilmente se llega con la inteligencia a su último término; y el bien es infinito, y mientras más cambo abarca la inteligencia, más bien descubre adonde llegar con la voluntad. Lo que sí puede dar el saber son los medios para cometer la maldad; pero nadie va a buscar estos medios en los libros de entretenimiento.

El verdadero y más notable defecto de los románticos ha sido la verbosidad, que ellos llaman vaguedad, porque la pompa y majestuosa armonía de las palabras no encubre lo vacío de sentido. Nuestra lengua puede expresar los pensamientos con toda la concisión deseable, y muchos poetas españoles suelen ser concisos; los romancesos, sobre todo, y los mismos poetas románticos cuando escriben romances. Pero cuando escriben odas o se dan a filosofar como a menudo no saben siquiera lo que van a decir, ni entienden lo que dicen, arman una jergonza y estruendo hueco,



foles, que nos complacemos en oírlos, y las repetimos embalsamados sin meterlos a averiguar lo que significan y aun sin suponer que signifiquen algo. El amor de la patria, sus pasadas glorias, sus tradiciones más bellas y fantásticas, y las guerras, desastros, fiestas y empujes amorosos de moros y cristianos; todo vaga y confusamente, se agolpa en romances, leyendas y dramas de Zorrilla; y nuestra imaginación cuando leemos los romances, y todo concurre a dar a su nombre una aureola de gloria que no se oliscera nunca, aunque la ira razón analice y ponga a la vista mil fallos y lunares.

El otro eminente poeta y corifeo del romanticismo ha sido Espronceda. Espronceda, meaos fecundo que Zorrilla y que el duque de Rivas, pero más apasionado. Sus versos, cuando son de amor, o cuando la ambición o el orgullo le conmueven, están escritos con sangre del corazón; y nadie negará que este corazón era grande. En él se abrigaban pasiones vehementísimas y sublimes. Espronceda.

con pensamientos de ángel, con nequididades de hombre.

hubiera sido más que Byron, si hubiera nacido donde y como Byron nació. Espronceda no podía escribir para ganar dinero, alumbrado por una vela, de noche y en una mesa de pino. Como todo hombre de gran ser, que camina por el mundo sin la luz de una esperanza celeste, necesitaba Espronceda vivir, gozar y amar en el mundo; y los deseos no satisfechos pervivieron y ulceraron su corazón, que era bueno, y el abandono de su juventud y los extravios consiguientes llenaron su alma de ideas falsas y sacrilegas. Mas a pesar de toda la bondad nativa, la ternura delicada de su pecho y el culto y la devoción respetuosa con que se inclinaba Espronceda ante lo hermoso y lo justo, y con que adoraba, y se confiaba en la amistad y en el amor, brillan en sus acciones como en sus versos.

Dicen los envidiosos que Espronceda no hace sino imitar a Byron. Yo confieso que le imita en algunas depresiones de *El diablo mundo*, en el canto del *Pirata*, y en la carta de Doña Elvira, de *El estudiante de Salamanca*, que es

casi una traducción de la de Doña Juana. Pero estos envidiosos no comprenden, o no quieren comprender, que Don Félix de Montemar no está tomado de Byron, y vale tanto más que los héroes de Byron; así como Doña Elvira vale más que Medora, y que Guhnara, cuando va, loca de amor, provocando en el jardín al traidor que la ovidia, y cuando muere de dolor entre los brazos de su madre, bendiciendo aún la mano que la ha herido de muerte.

Doña Elvira es una creación admirable. ¿Quién no ha soñado con Doña Elvira en sus ensueños de amor? Por lo general, me parece cierto lo que dice el poeta italiano de que en las frentes estrechas de las mujeres no cabe el concepto del amor:

...L'amorosa idea che gran parte d'Olimpo in se racchiude;

pero cuando esta idea penetra en el alma de la mujer, y la baña con la luz de su gloria, la mujer la acoge y la acaricia, y la alimenta en su corazón, más vivo y más enérgico para el amor que el del hombre. Y estos riquísimos y delicados misterios, nadie mejor que Espronceda los sabe entender y describir, porque sólo explica bien el amor el que sabe sentirle e inspirarle.

Doña Elvira es una mujer que vive y ama, y la vemos vivir y amar. En ella, nada hay de fantástico, sino la grandeza ideal, que debe poner el poeta en todas sus creaciones. Doña Elvira, como todos los personajes de Espronceda, aunque parezca extraña, la comparación, es una potencia que tiene por raíz exacta la verdad. No así los personajes de Zorrilla, en cuya grandeza suele haber algo de sofístico. Los mismos caracteres ya creados por el vulgo y engrandecidos por otros poetas, no llega a engrandecerlos Zorrilla sino desfigurándolos. Para dar una idea tremenda de Don Juan Tenorio, le hace apostar en una taberna, como un truhán fanfarrón, que matará a setenta u ochenta hombres y que seducirá a cien o doscientas mujeres en un año. De esta laya de idealizadores son aquellos rabinos, que, para ensalzar a Dios, le dan no sé cuántas leguas de corrupción, como si lo infinito cupiese en el tiempo y en el espacio, y se redujese a número y medida. ¡Cuán diferente del Don Juan Tenorio, de Zo-

rilla, es el Don Félix de Espronceda! Don Félix es más terrible que Don Juan. Y le gana la apuesta y le mata, sin necesidad de poner por cuenta en un papel las mujeres seducidas y los enamigados muertos. Le basta a Don Félix seducir a Doña Elvira, y matar a su hermano; porque esta mujer y este enemigo valen por un millón de los que apuntaba el otro en su lista.

En lo fantástico del cuento del Estudiante hay, además, una tan prodigiosa fuerza de imaginación, y una melancolía tan profunda y lastimera, que en vano se buscará más superioridad en la una, y más hondo sentimiento en la otra, ni en el Manfredi ni en el Lara ni en la Novia de Abidos, ni en el Giacour.

En los versos en que habla Espronceda de sus amores, de su desesperación y de sus desgajos, cada palabra es una lágrima; y toda aquella melodía interior e inefable del espíritu.

Memoria acaso triste de un perdido cielo, quizá esperanza de futura gloria.

se daña oír al través de lo armónico de su dicción poética; la cual, salvo pocos lunares, es perfectísima y como de hombre que entiende la hermosura. Shveta de ejemplo, y de objeto de admiración a quien los lea o recuerde, el canto a Teresa y los versos a Jarilla.

En fin, Espronceda, verdadera encarnación del romanticismo, en cuyo genio excéntrico y en cuyas pasiones tempestuosas nada había de adaptado sólo a la poesía, sino que todo en su vida real se mostraba vivamente, murió de muerte temprana, víctima acaso de sus desordenes.

Nos dejó Espronceda un poema no acabado, cuyo título es *El diablo mundo*, en el cual, a la manera o por más alta manera que Goethe en el *Fausto*, pensaba el poeta encerrar y explicar todo lo creado e increado, y llegar a la posteridad un monumento más grande que la *Iliada* y que la *Divina Comedia*. Esta pretensión de escribir un vasto poema humanitario, la han tenido muchos en nuestro siglo; y así en España como en el extranjero, la han tenido en vano; pero los que, como Espronceda, no sólo tuvieron esta pretensión, sino que fueron dignos de tenerla, merecen que se diga

de ellos lo del filósofo: «Yo amo a aquel que desea lo imposible.» Imposible es el propósito de Espronceda; y por eso *El diablo mundo* forma un conjunto monstruoso, si bien, por lo mucho que el poeta valía, el poema es bellísimo mirado por partes. Desgraciadamente, no es Espronceda el único que ha querido escribir de esos poemas mag-nos. Otros mil poetas menores, desconocidos ya de ser hombres de los que pasan por ingeniosos y discretos, y no con-tentos aún con ser apóstoles y tener misión especial, se han convertido en genios y numenes, y han deseado producir su verbo, y encerrar en él todos los seres, como en el nuevo de la Noche. De aquí proviene un nuevo linaje de romanticismo científico-nebuloso, digno de reproberación.

III

Mientras más se dilata el círculo de nuestras ideas, más fácil es abarcarlas todas en una. El cristianismo, más grande que el paganismo, no ha tenido un poema que sea más grande que el de Homero. Hubo un tiempo en que el poema católico (digo católico en toda la extensión de la palabra) pudo nacer. Este tiempo pasó, y no volverá nunca. Hubo un tiempo en que la teología imperó sobre el mundo con imperio absoluto; gobernó lo temporal y lo eterno, y fue grande y maravillosa, como de origen divino. Entónces pudo darse el poema, y no se dio porque Dante llegó tarde. Marco Polo había ya viajado por Oriente. Santo Tomás, Scotto, San Buenaventura, San Bernardino, Abelardo, etc., habían escrito; y los judíos, los árabes y los griegos nos habían transmitido la ciencia y la incredulidad antiguas. Lo sublime y vario del argumento no cabe ya en *La Divina Comedia*; y el poeta, sin atreverse a tratarle directamente, le trata de una manera subterfiva, haciéndose el centro del poema, e introduciendo en medio de toda aquella grandeza sus pedregales, miserias, rencores y disgustos; los cuales, si bien nos interesan, porque somos hombres y compadecemos, y porque el poeta, el altísimo e interesante, todavía no se ha de negar que disminuya, si no aniquilan, la *comprehensibilidad* deseada. Vino después el Renacimiento, vino la

Reforma, y se rompió la unidad. Volvieron los dioses del Olimpo a luchar con el del Calvario. La razón empezó a analizar y a desenterrar las antiguas doctrinas. Luego descubrió nuevas filosofías, y la Imprenta, y otros continentes en la Tierra, e infinitos espacios en el cielo y estrellas y soles, y mundos sin fin. Y engréddla, orgulliosa y alucinada con esto, rechazó de todas partes la presencia inmediana y energética de Dios, y se puso a explicar humanamente las leyes del movimiento, de la vida y de la armonía cósmicas. A Dios le dejó allá muy lejos, y le redujo a la abstracción inerte; pero bien pronto conoció que Dios le faltaba, y se puso a buscarle, sin la luz de la fe, haciendo sistema sobre sistema, y cayendo en un caos de confusiones, difícil de poner en orden en prosa, e imposible en verso.

Aún existe otra imposibilidad grandísima para escribir el vasto poema, a saber: un asunto que circunscrita, y en el que encajen y se amolden bien tantas cosas; porque ponerlas en digestiones sería hacer principal de lo accesorio. El duque de Rivas sostenía una vez, con mucha gracia y juicio, que el *Don Juan*, de Byron, era un cuento verdadero dividido que *El baronetto de Furbias*, y azeñado de discursos imperinentes al asunto. Espronceda, aunque en las digresiones le imita, y hasta le copia, en lo esencial se separa de él y le vence y sobrepuja: y es araglomana y falta de patriotismo creele tan inferior a Byron, porque a veces le toma por modelo. Nada hay de Byron en la introducción de *El diablo mudo*, y, sin embargo, es admirable; acaso lo mejor que se ha escrito en verso castellano. El gigante de fuego es estupendo y magnífico, mientras llora y calla; y bien se le puede perdonar si cuando habla, salvo el buen lenguaje y las flores retóricas, se parece un poco a un domine que explica filosofía a los muchachos del colegio. Espronceda no era muy filósofo, ni ya la filosofía cabe en verso.

El elemento de que la poesía se sirve es la palabra, y la palabra contiene clara y determinadamente, todas las ideas y sentimientos humanos, de lo que resulta que todos ellos son objeto de la poesía; mas el único fin de este arte, así como de los otros, es la belleza. Porque, ¿quién negará la belleza

primor, elegancia y perfección del *Orlando*? Y, sin embargo, ¿no se le puede decir al poeta lo que se cuenta que le preguntó el cardenal de Este: *Messer Ludovico, dove avete pigliato tutte queste...?* ¿Hay alguna sustancia filosófica en todo aquello? No hay más que la belleza, que vale tanto y más que la verdad científica.

En los tiempos primitivos, cuando la princesa Nausicaa iba a lavar la ropa, la filosofía, las leyes, la religión y la economía social se confundían en una sola persona, que era a la vez legislador, poeta, profeta, guerrero y sacerdote. Entonces se pudo exclamar: *Disce per carmina sortes, et vix mostrata via est*. Mas ahora, con esta nueva torre de Babel, ha venido la dispersión de las doctrinas, y cada una anda por su lado, y hay en ellas, como en la industria fabril, lo que llaman los economistas división del trabajo. Y la poesía debe y puede encargarse al buen gusto que es para formar con ellos hermosas composiciones, pero no para meterse a hacerla, y mucho menos para poner en verso la enciclopedia por medio de símbolos y figuras. Con esta comprensibilidad y simbolismo vendríamos a parar de nuevo a una especie de arte egipcio, a fabricar estinges e ídolos con mil caras multiformes, y fars, y misteriosas, que no darían gusto, y darían acaso menos ciencia que el *Carton cristiano* o el *Libro de los niños*.

Cuando todos los hombres eran niños, venían razón los poetas de meterse a pedagogos, y los pedagogos, a poetas. Orfeo, Museo, Lino, Hesíodo, Milon, Tales, Pitágoras y otros mil, pues sería nunca acabar enumerarlos, dieron lecciones en verso a la Humanidad, y lecciones poéticas; porque en la Edad de Oro la poesía y la ciencia iban unidas.

Verdad es que aún hay una poesía que se apellida didáctica; pero, o no es didáctica, o no es poesía. Pírraro está en un cuento, y no cree en la poesía que no es fabulosa, y embustera. Aristóteles afirma lo mismo, y añade que Empédocles no tiene de poeta sino el haber escrito en verso. Y si hubo, por el contrario, algunos que, escribiendo poemas didácticos, se conservasen muy valientes poetas, fué porque el verdadero fin

que se proponían era deleitar y no enseñar; porque atendieron más al primor y belleza que a la verdad de lo que decían. Los diez años que pasó Virgilio corrigiendo las *Georgicas*, no fueron para añadir observaciones sabias sobre el cultivo y demás zarandajas campestres, sino para tocar y retocar las palabras, de modo que quedasen cada vez más bellas, armoniosas y bien arregladas. Además, que aun en tiempo de Virgilio no era la ciencia tan prosaica como ahora, y se combinaba sin estuerzo con la fábula. La multitud de poemas filosóficos griegos, no dudo yo que a veces se habían perdido en la filosofía, con las mentiras ingenuas en que iban envueltos; y siento que estos poemas se hayan perdido los más. Pero los griegos mismos, a pesar del buen gusto natural en ellos, cuando trataban de escribir algo parecido a nuestros vastos poemas, componían un poema tenebroso, como llamaban a la *Alegranza*, de Licofron.

Horacio, poeta y entusiasta, se va a veces del seguro, y se atreve a sostener que Homero (no para su época, sino en general) enseña mejor la moral que Cristo; pero estas son inyecturas rabiosas contra los estolitos, los cuales eran asimismo harto insolentes, y despreciaban la poesía, suponiendo que sólo el sabio es poeta, y los poetas, locos. Y lo sustancial del caso es que la poesía, aunque no enseña, conmueve, inclina al bien, enternece y levanta el corazón con su calor inspiración y hermosura. El poeta, fiel enamorado de esta hermosura, debe por ella echar la enciclopedia a un lado, y, libre de este bagaje incómodo, montarse en el hipogrifo y volar al país de las hadas, como Wieland en busca de Oberón.

La ciencia posee una pasmosa energía anti-poética, y donde no llega para afirmar, llega para negar. Con todo, el poeta, que en el terreno propio de la ciencia, se expone a perderse, tiene facultad y poder de pasar más allá, a campos aun no explorados y apenas descubiertos. Por allí podrá pasearse, como don Pedro de Portugal por las siete partes del mundo, conversar con seres nuevos y nunca vistos ni oídos, que se le aparecen y nazcan de repente por natural virtud de la tierra o del arte, como los duendes del padre

Fuente de la Peña; y estudiar las ciencias ocultas con sabios y mágicos más prodigiosos que los de Parón y que el famosísimo Escotillo. Pero todo esto ha de decirlo por chiste, y el poema romántico no es chistoso, ni quiere serlo, sino en las digresiones. Volvamos a la poesía seria y a *El diablo mudo*.

He dicho que el gigante de fuego es estúpido, porque no sólo simboliza el genio del hombre como figura alegórica, sino que es, además, un diablo colosal, y pintado a lo vivo, aunque se convierte en catédrico cuando habla. Para ser diablo no es mucho lo que sabe, y hasta, en sus dudas se muestra poco profundo. Mientras más sabe el hombre, van sabiendo menos los demonios. Comparad al de Sócrates con el de Espronceda. Espronceda reconoce la ignorancia del suyo, y no le pregunta nada al verte delante de sí. Dante preguntaba e indagaba cuanto habla que indagar y que preguntar, de ángeles, condenados y santos.

El conde diabolico se desvanece al fin sin motivo, porque se juntó sin motivo, y sólo para, que Espronceda le viese. Mas no se ha de negar que fué soberbia visión y aun mejores las que tuvo en sueños don Pablo. Nada hay en poesía más rico y espléndido que las pompas de la inmortalidad de Espronceda, que bien se puede llamar suya, pues por ella, será, inmortal. Los cantos posteriores no responden ya a la grandeza del primer canto ni responderían nunca como no se dilatase el espíritu del poeta por toda la prolongación de los tiempos, o transpusiese, al menos, dos o tres mil años más allá de la fin del mundo.

Justamente en la indicada remotísima época comienza el prodigio del *Astivertus*, de Guinet. A Dios (El me perdona las blasfemias que no hago sino compendiar), fastidiado de verse solo con los elegidos, se le antoja crear otro mundo. Llama a los prínceres del Etna, y los consulta sobre sus planes. Dios va a publicar una nueva edición, corregida y aumentada, de sus obras; y para que se juzgue y ponderen bien el mérito del drama humano-divino-mundial, le pone en escena delante de aquel ilustrado serrano. Este drama, que se titula *Astivertus*, y que está en prosa (para que se cumpla en él la palabra

de Kant de que los poemas en prosa son prosa en delirio), contiene en sí toda la historia natural, metafísica y política; y hablan en él los montes, el Océano, las estrellas, las ciudades, Cristo, Levitán, las vírgenes, las malas mujeres, los diablos, las sirenas, las pirámides de Egipto, los silfos, los titanes, el peje Macar, el pájaro Vinaleyna, y hasta el todo y la nada. El tal poema es una borrachera temerosa y solemne; y en punto a su moralidad y a su afirmación filosófica, averigüelo quien pueda; yo, hasta ahora, nada he podido averiguar. En *Fausto* ya se traluce algo... ¡la redención por el amor! Margarita se lleva a Fausto al cielo como Beatriz a Dante, Laura a Petrarca y Eloísa a Abelardo; aunque esta más bien le envía que se le lleva, pres-to que Abelardo murió antes. En el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, hay la misma tramoya, imitada del *Don Juan de Marana*, de Dumas, que la tomó del *Fausto*, de Goethe. Ello es que esto de convertir a una bonita y nada desdiosa muchacha en escala de Jacob para subir al cielo, ha de parecer, por fuerza, mucho más agradable que los medios que antiguamente nos daban de mortificar la carne con ayunos y penitencias, y de estar siempre en conversión interior.

Todos los modernos poemas humanitarios se dan cierto aire de familia. Fausto y don Pablo *debutan* leyendo y renegando del saber humano; ambos se renuevan o se renozan; Ashaverus y Adán tienen la misma duración que el mundo. Pero Goethe y Quinet tuvieron una muy feliz ocurrencia que pronunciada no tuvo, acaso por ser más arrogante que ellos. Hablo de que buscaron un personaje tradicional, hijo y amigo del vilgo, para hacerle centro de sus poemas. El nuevo Adán es nuevo del todo, y nadie le conoce. Al Judío Errante y a Fausto los conocíamos bien. Ashaverus vive en las le- yendas de la Edad Media, y encierra un profundo sentido alegórico. Se dice que estaba pidiendo un poeta que le diese más perfecta vida. Es la desesperación y el hastío eterno de Fausto por orgullo, renega de Dios, renuncia igualmente popular y simbólico. Es el sabio del Renacimiento que por la

ciencia pierde la fe: que busca, la belleza, y para hallarla resucita la antigüedad clásica; que se casa con la hermosura (con Helena), y engendra en Helena a Eurión, símbolo de la moderna poesía. Si no recuerdo mal, o si no entendi mal, en Goethe todo se resuelve en Dios; y aun los diablos más feos y tiznados se tornan hermosos y santísimos como los serafines, y van a perder la individualidad y a identificarse y a embeberse en el Bien Supremo.

Lo que es del Adán de Espronceda no sabemos hasta ahora, sino que anduvo en cueros por Madrid y tuvo amores con una manola. Los caracteres de Adán, de la Salada y del tío Lucas, son verdaderos y bien entendidos; las aventuras que les van sucediendo tienen grande interés; y las descripciones y disertaciones, que el poeta hace, no pueden ser más bellas; pero todo ello corresponde popurrisimo al primer canto, a la introducción y al intento atrevido y magnífico del poeta.

El poeta ha de escribir para deleitar y no para enseñar, y acaso, escribiendo así, halle por inspiración alguna nueva verdad, o en la misma belleza de su poema se acrisolen, abilitan y purifiquen verdades ya conocidas, que aún están oscuras y envueltas en la escoria del error. El poeta no ha de ser el eco de los filósofos, sino la voz de la conciencia instintiva de la Humanidad; ha de decir grandes cosas por una intuición súbita, sin conocer ni reflexionar que las dice. Homero y Dante pronunciaron oráculos, que en el día los filósofos desentrañan e interpretan.

Si Dante y Homero leyese estas interpretaciones, no las entenderían, y saltarían poniendo de embusteros a los tales filósofos o admirándose de haberlo dicho, como monsieur Jourdain de hablar en prosa. Y, sin embargo, lo dijeron; y he ahí lo que se llama inspiración. Busca el poeta lo bello, y al encontrar lo bello, encuentra la Verdad y la bondad, que en la esencia de lo bello están sustancialmente. El hombre virtuoso hace una buena acción, y en esta acción hay hermosura; porque el triunfo de la ley moral es, hermosismo. El sabio descubre una nueva verdad, y esta verdad ha de ser infaliblemente buena y hermosa. La ver-

dad, la bondad y la hermosura son accidentales de la misma sustancia. Si pudiéramos conocer esta sustancia y elevarnos a ella inmediatamente, no habría necesidad ni de ciencia, ni de virtud, ni de poesía; las tres se confundirían en una sola, y nosotros, en la sustancia infinita.

La ciencia, en la moral y en la estética, puede ocuparse de lo bueno y de lo bello científicamente; y la poesía puede alabar y cantar la bondad y la ciencia como objetos poéticos. En cuanto a la virtud, no hay duda alguna, de que respaldase más si la poesía y la ciencia la adornan. Y aunque un hombre sólo puede ser a la vez, por especial favor y beneficio influjo de los cielos, poeta, y virtuoso, y sabio, nunca se unificarán en él estas tres cualidades. Lo que se llamaba ciencia, en los tiempos primitivos, no era más que poesía; y por eso los poetas fueron sabios, legisladores y filósofos. Hoy, que entendemos lo que es la ciencia, nos es imposible desconocer que no se aviene con la poesía. La ciencia es reflexión y empirismo; la poesía, instinto y revelación interior. La forma, por tanto, inmortaliza a los grandes poetas; porque el asunto de sus poemas no es sino

SOBRE LOS «CANTOS» DE LEOPARDI

I

«Cuanto el hombre quiere ser más espiritual tanto le será más amarga la vida, porque sentirá mejor, y verá más claros los defectos de la corrupción humana.» Al decir estas palabras el autor de la *Imitazione a Cristo*, habla sólo de la vida presente, y presuponía una vida futura, en la cual será pose una vida futura, que ahora satisface este deseo infinito que ahora nos atormenta... y que lo infinito sólo puede satisfacer. Y esta pasión de alma, y estas extraordinarias aspiraciones han dado ser a los místicos discursos y alimento a las almas de los santos; almas inquietas y anhelantes por lo infinito, que sólo en lo infinito se pudieron aquietar, y que en apetecieron la muerte para vivir mejor y

el eco armonioso de las creaciones poéticas. El pueblo es el verdadero poeta creador. Aquiles habla, crecido, tan grande como es, antes que Homero le diese fama eterna en sus versos. Antes de *La Divina Comedia*, inventó el pueblo leyendas que sirvieron de modelo a Dante, y hasta le señalaron su itinerario fantástico. Antes de Aristote, se inventaron todas las locuras de Orlando y todas las hazas de los Doce Papas. Antes de Virgilio, la mente popular habla, creado todos los portentos de la Historia primitiva de Roma, y antes de Hesiodo y de Esquilo, estaba ya nacida la mitología, entera, con su Olimpo, dioses y semidiosos.

Por último (y conciliadores a nuestros modernos poetas románticos), antes que el duque de Fivras y antes que Espronceda escribiesen las dos leyendas *El moro expósito* y *El estudiante de Salamanca*, las cuales, por muy diferente estilo y manera, vienen a ser ambas lo mejor que se ha escrito en España desde Calderón acá, los personajes más importantes de estas leyendas sus aventuras, grandezas y caracteres habían sido creados y ensalzados por el pueblo.

Madrid, 1854.

más dichosa vida. «El amor de Dios es la muerte de quien vive y la vida de quien muere», decía Lulio; y Santa Teresa exclamaba: «¡Señor, o padecer o morir! Muero porque no logro libertarme de esta cárcel oscura de mi cuerpo, que me impide ver la Divinidad, de que mi alma es imagen; de que mi alma misma está llena. Si, libre mi alma de los lazos que la sujetan y retienen, pudiera dilatarse y extenderse más allá del tiempo y del espacio, mi alma se confundiría con Dios, y comprendería a Dios en su esencia. Si el alma pudiera ensalzar inmediatamente todas las perfecciones que en sí concibe, y reducirías luego a una perfecta unidad, el alma concebiría a Dios y se reposaría en El con eterno reposo.